

Provincia de San Nicolás de Tolentino

La historia

La provincia de San Nicolás fue creada en el primer capítulo general de la congregación, celebrado en Madrid a fines de noviembre de 1621, y desde el primer momento adquirió un perfil peculiar. Mientras que en las demás provincias prevalecía el aspecto conventual, en ella reinó siempre un espíritu misional.

Su historia se confunde con la de la presencia recoleta en las Islas Filipinas. Durante dos siglos Filipinas fue su único campo de actuación, fuera de algunos pequeños apéndices en Japón (1623-32) y Guam (1768-1906). En el siglo XIX la crisis de las provincias españolas la obligó a abrir seminarios propios en España, pero su campo de actividad continuó circunscrito al archipiélago de Magallanes. Sólo en el siglo XX Filipinas comenzó a compartir su monopolio con otras naciones: primero con Panamá (1898-1910), Venezuela (1898-1948), Brasil (1899-1907) y España (1899); luego con China (1907) e Inglaterra (1932); y últimamente con Perú (1939-48), México (1941), Taiwan (1963) y Costa Rica (1963). En estos casi 400 años han trabajado en Filipinas más de 2.000 recoletos. Fueron especialmente numerosos durante la segunda mitad del siglo XIX.

Número de religiosos presentes en Filipinas, 1806-1998

Año	Religiosos	Año	Religiosos
1610	16	1878	209
1655	50	1897	330
1691	70	1906	77
1750	115	1936	95
1774	92	1958	71
1798	95	1962	84
1847	111	1998	122

La trayectoria histórica de la provincia ha conocido muchas idas y venidas. Ha experimentado la marcha alegre y veloz de los momentos de plenitud y el paso lento y pesado por las empinadas cuestas de la crisis y el desaliento. Podríamos distinguir en ella cuatro etapas.

Entusiasmo y fervor primitivo, 1606-1666

Es la época de la fidelidad al propio carisma, de la fe ciega en él y de la síntesis de los mejores valores de la espiritualidad recoleta. Su primera preocupación fue la organización de la vida religiosa. A los pocos meses de su desembarco en Manila, los misioneros fundan el convento de Bagumbayan (1606) y en los años siguientes dan vida a los de San Nicolás de Manila (1609), la casa madre de la provincia, Cavite (1616), Cebú (1621) y San Sebastián (1621), situado en las afueras de Manila.

Pero los recoletos no habían abandonado los conventos españoles para recluirse de nuevo en ellos. En septiembre de 1606 se hicieron cargo de Mariveles, un puesto misional no muy distante de Manila y punto de arranque de la historia misional de la orden. Desde él avanzaron hacia el norte, por las provincias de Zambales y Pangasinán. En 1622 asumieron la administración de Mindanao y Palawan; y años más tarde se asociaron a la gesta misional que la Iglesia filipina estaba escribiendo en el Japón (1623-35) y se extendieron por las islas de Negros (1626-35), Romblón (1635-1933), Mindoro (1679-1936) y Masbate (1687-1791).

Una simple ojeada al mapa muestra que les tocó evangelizar las regiones más remotas e inhóspitas del archipiélago. Y también las más expuestas a las algaradas de los moros. No menos de 45 religiosos sucumbieron entre 1606 y 1776 a manos de los moros e indígenas alzados. Otro par de docenas perecieron en ese mismo periodo víctimas de los naufragios, del hambre, de la cárcel y otras penalidades.

Estas circunstancias condicionaron su labor circundándola de cierto aire militar. La frecuencia de las incursiones moras y el desamparo en que vivían sus cristianos les obligaron a asumir personalmente la defensa y a construir fortines en los puntos más estratégicos.

Otros de sus rasgos más notables fueron el aprecio de la vocación contemplativa de la orden y su inserción en la vida de la comunidad.

Rutina y debilitamiento de la propia identidad, 1666-1790

En este periodo aparecen los primeros síntomas de cansancio. Decece la fe en los valores ascéticos de la espiritualidad recoleta y se busca inspiración en tradiciones menos exigentes. Entre 1730 y 1749 se desmantelan los tradicionales núcleos pastorales y se opta por la evangelización individual.

Su labor pastoral siguió siendo admirable. En la segunda mitad del siglo la provincia amplió el campo que le había tocado en suerte en el siglo anterior. Entre 1768 y 1770 reemplazó a los jesuitas en Bohol e Islas Marianas y se hizo cargo de la totalidad de la isla de Mindanao, cuya administración habían compartido ambas órdenes desde la tercera década del siglo anterior.

Entre 1788 y 1792 apareció en Manila la *Historia General de Filipinas*, en 14 gruesos volúmenes, que es, sin duda, el aporte más notable de los recoletos a la literatura filipina. En ella el padre Juan de la Concepción describe la historia filipina desde la llegada de Magallanes hasta el año 1754.

Por los mismos años comenzó su actividad de “organista y organero” el padre Diego Cera (1762-1832), mundialmente famoso por el órgano de cañas que construyó para la iglesia de Las Piñas. Desde hace unos lustros todos los años es el centro de un festival internacional de música barroca.

Otro de los principales frutos de este siglo fue la fundación del beaterio de San Sebastián (1719), origen de la actual congregación de agustinas recoletas.

Triunfo del individualismo pastoral, 1790-1898

Durante el siglo XIX los recoletos consiguen en Filipinas una mayor significación socio-religiosa. Sus religiosos se multiplican por cinco, subiendo de 58 en 1820 a 330 en 1897. Sin abandonar su antiguo compromiso con las cristiandades de Visayas, fortifican su presencia en las prósperas provincias de Luzón. Entran en relación más estrecha con el Gobierno y, en consecuencia, juegan un papel más visible en la colonia. Durante la segunda mitad del siglo casi siempre hubo un recoleto al frente de una u otra de sus cinco diócesis.

La evangelización de la isla de Negros es su logro más brillante. En cincuenta años (1848-98) fundaron en ella 60 parroquias, otros tantos pueblos y un colegio de segunda enseñanza; construyeron kilómetros de carreteras y fomentaron el cultivo de la caña de azúcar y de otros productos que transformaron completamente su economía. Su actuación en Palawan, Mindoro, Zambales y Bohol también fue admirable.

Los recoletos participan con entusiasmo en la vida del archipiélago, se preocupan del bienestar material y social de sus fieles, comparten su vida día tras día con sencillez y sin alharacas, y los más generosos se lanzan a roturar nuevos campos apostólicos. San Ezequiel sería su representante más eximio.

Por desgracia, prestaron poca atención al cultivo de su identidad espiritual, que paulatina pero inexorablemente fue quedando relegada al margen de su vida diaria. El individualismo y una espiritualidad de tinte sacerdotal desplazan casi por completo a la ascesis recoleta y a sus tradiciones comunitarias. Su formación humana también dejaba que desear. Una mal entendida urgencia pastoral les movió a abreviar demasiado su formación académica

y religiosa. Una y otra comenzaron a mejorar con la apertura de los colegios de Marcilla (1865) y San Millán (1878).

El periodo termina con la revolución filipina (1896-98), que condujo al cambio de soberanía en el archipiélago.

El siglo xx: entre lo viejo y lo nuevo

Tras la revolución Filipinas pierde su posición privilegiada dentro de la orden y pasa a un discreto segundo término. La misma provincia busca ansiosamente otros campos por España y América del Sur. Duda de poder continuar en el archipiélago y da la preferencia a los nuevos ministerios que desde 1898 iban abriendo sus miembros en Panamá, Venezuela y Brasil. En 1906 más de dos tercios de sus religiosos residían en esos cuatro países.

Para esa fecha la crisis ya había quedado a la espalda. Abierto el noviciado y recuperada la esperanza, la provincia comenzaba a mirar al futuro con nuevas ilusiones. En ese mismo año, tras una visita del provincial, ratifica su compromiso con el archipiélago. Pero ya no será un compromiso total. La experiencia ha manifestado la necesidad de diversificar el campo y, por tanto, continuará con los ministerios abiertos en otros países.

La orden también estaba reorganizando sus cuadros. Y lógicamente sus planes condicionan los de la provincia. En 1909 la curia general asigna a la nueva provincia de Santo Tomás los ministerios de Brasil y los conventos andaluces, y al año siguiente traspasa a la de la Candelaria los de Tumaco y Panamá. La de San Nicolás queda reducida a los ministerios de Venezuela y Filipinas y a las casas españolas de Monteagudo, Marcilla, San Millán de la Cogolla y Puente la Reina. Estos ministerios, a los que se irán sumando los de China (1907), Inglaterra (1932), Perú (1939) y México (1941), formarán el horizonte de sus religiosos hasta 1948.

En Filipinas durante las tres primeras décadas casi todos sus religiosos trabajan en el ministerio parroquial. Esa exclusividad no satisface a todos los religiosos. Pero la provincia no encuentra un digno reemplazo. Falta imaginación, experiencia y decisión.

Con todo, poco a poco fueron apareciendo novedades esperanzadoras. En 1910 la Santa Sede les confió la prefectura apostólica de Palawan, la primera de Filipinas; en 1924 tomó cuerpo el sueño largamente acariciado de sumarse a la gesta misionera de China. La misión de Kweiteh alcanzó especial significación. La provincia la atendió con esmero, sirviéndola con misioneros abnegados y relativamente numerosos. Tras la subida de los comunistas al poder (1949), los misioneros extranjeros tuvieron que abandonar el país. En la misión quedaron nueve religiosos nativos y algunas religiosas, que siguieron fecundándola con su sangre y su heroísmo.

En 1941 ingresó en el campo de la educación, del que esperaba prestigio social, desahogo económico y, sobre todo, una vivencia más profunda de su ideal comunitario. Poco a poco los colegios van suplantando a las parroquias, transformando las ocupaciones y hasta la imagen social del recoleto. Entre 1950 y 1987 los recoletos se despojan de su divisa de misioneros o párrocos de zonas marginadas para enfundarse la del educador plenamente urbano.

La innovación más trascendental tuvo lugar en 1949 con la apertura del noviciado de Manila a las vocaciones nativas. El capítulo de 1934 había recomendado "eficazmente" la apertura de casas de formación en Filipinas, Inglaterra y Venezuela. En Filipinas la recomendación no surtió efecto hasta la postguerra mundial. Y aun cabría añadir que el interés por las vocaciones filipinas sólo cobra consistencia diez años más tarde. Si se exceptúa la anecdótica ordenación del padre Salvador Calsado en 1945, el primer grupo de filipinos no llegaría al sacerdocio hasta 1959. A partir de esa fecha crece el interés y, lógicamente, también las vocaciones. A finales de 1997 la provincia contaba con 144 profesos filipinos.

Muy similar fue la evolución de la provincia en Venezuela. También en ella prevaleció durante varios lustros el trabajo pastoral. Sus fundaciones aparecen envueltas en cierto aire de interinidad, situadas en zonas marginales y sin programas suficientemente elaborados. La labor de los frailes fue, en general, muy buena. Construyeron numerosas iglesias y capillas, dieron impulso a la predicación, muy descuidada entonces en el país, y restauraron el culto y la vida cristiana infundiendo nuevo vigor a las asociaciones existentes y creando otras nuevas. Las más frecuentes fueron el apostolado de la oración, las hijas de María, las conferencias vicentinas, la cofradía de la consolación y, sobre todas, la obra del catecismo. También cabe destacar la dimensión misionera de su labor, la predicación de la palabra de Dios en los púlpitos más prestigiosos de la nación, la colaboración con la jerarquía y la atención a los leprosos de Maracaibo y Caracas.

Hacia 1925 la presencia recoleta en Venezuela comienza a tomar nuevos rumbos. Aumenta el número de religiosos, crece su presencia en las ciudades, las obras propias ascienden al primer plano, florece el apostolado de la prensa oral y escrita —*La Madre Cristiana* (1927)—, surge el primer seminario para vocaciones autóctonas (1935) y abre sus puertas en Caracas el colegio de Fray Luis de León (1941). También aquí la ciudad va desplazando al campo y las actividades educativas comienzan a competir con el tradicional monopolio parroquial.

Las fundaciones de Inglaterra y Perú tienen raíces similares. A principios de 1932 la anarquía de la República española movió a los superiores a buscar fuera de España un convento para la formación de sus estudiantes. Y en 1939 el miedo a la inestabilidad política de Venezuela les llevó al Perú en busca de un campo que pudiera acoger a los religiosos venezolanos en caso de tener que salir del país.

De 1932 a 1950 Inglaterra acogió a varias promociones de teólogos y, a partir de 1934, dio a la orden varias vocaciones. En Perú encontraron acogida dos grupos de teólogos, a quienes las estrecheces económicas derivadas de la guerra mundial impedían sostener en España.

En 1974 la provincia se hizo cargo de unas parroquias en la isla de Guam. Llegó llamada por el obispo y en alas del recuerdo de las docenas de recoletos que en ella habían laborado entre 1770 y 1908. También pesó la conveniencia de contar con un puesto intermedio para los religiosos que abandonaban Filipinas rumbo a Estados Unidos. Salió quince años más tarde (1.6.1989) al no poder consolidar su presencia en una isla tan pequeña y suficientemente atendida por el clero secular y los capuchinos.

El capítulo general de 1998 erigió la provincia de San Ezequiel Moreno con las casas que la provincia poseía en Filipinas y Sierra Leona más las formosanas de Linyuan y Santimén.

2. La actualidad

Estructura material

A fines del año 2005 la provincia contaba con 344 religiosos, distribuidos en nueve naciones —España, Brasil, China, Costa Rica, Estados Unidos, Inglaterra, Italia, México y Taiwan— y 54 comunidades. Sus ocupaciones son muy variadas. Van desde el gobierno y la formación hasta las misiones y la atención a niños desvalidos. Pero la mayoría trabaja en cuatro áreas principales. 18 religiosos se dedican a la formación de aspirantes, novicios y jóvenes profesos en siete seminarios y casas de acogida (3 en España, 2 en México, 1 en Inglaterra y 1 en Costa Rica). 133 desarrollan actividades pastorales en 59 ministerios (21 en España, 14 en México, 10 en Estados Unidos, 7 en Inglaterra, 4 en Costa Rica, 2 en Brasil y 1 en Italia). La enseñanza en 7 centros (3 en España, otros 3 en Brasil y 1 en México) ocupa a 33 religiosos. Otros 30 sirven puestos misionales en Brasil (Lábrea), China (Shangqiu) y Formosa (Kaohsiung). Un grupo de seis religiosos administra la Ciudad de los Niños de Cartago (Costa Rica); otro dirige el Centro Diocesano de Pastoral de la diócesis norteamericana de Newark; y

otro atiende a la capellanía del hospital de Puerto Real (Cádiz). Algunos otros están al servicio de la provincia o de la orden en tareas administrativas.

Cinco religiosos han sido elevados a la dignidad episcopal y atienden otras tantas circunscripciones eclesiásticas en Brasil (3), Costa Rica (1) y China (1).

Las fraternidades seculares surgidas al amparo de la provincia eran en esa fecha 23 con unos 636 miembros y 116 novicios.

El gobierno

Al frente de la provincia está el padre provincial, asistido por cuatro consejeros y un secretario. Entre todos forman la curia provincial, que tiene su residencia en Madrid. El provincial goza de jurisdicción sobre toda la provincia, pero de ordinario sólo la ejerce directamente sobre las 14 comunidades de España y las 3 de China y Taiwan. En las demás naciones se sirve de vicarios y delegados.

Actualmente, la provincia tiene dos vicarías (México e Inglaterra) y tres delegaciones (Costa Rica, Estados Unidos y Brasil). La vicaría de México incluye a los religiosos residentes en México y Costa Rica, mientras que la de Inglaterra está circunscrita a las cinco comunidades del país. Las delegaciones de Brasil y Estados Unidos dependen directamente del provincial.